

MARIE NDIAYE

TRES MUJERES FUERTES

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Trois femmes puissantes*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Éditions Gallimard
© de la traducción, 2010 by José Ramón Monreal
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, mujer de Comoro, Zanzíbar,
de Coutinho Brothers. Por cortesía de Torrence Royer.

ISBN: 978-84-92649-37-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 9064-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Y el que la recibió, o que apareció como fortuitamente, en la puerta de su enorme casa de hormigón, en una intensidad de luz repentinamente tan fuerte que su cuerpo vestido de claro parecía producirla y despedirla, él mismo, ese hombre que permanecía allí, pequeñajo, pesado, difundiendo un resplandor blanco como una luz de neón, ese hombre aparecido en el umbral de su desmesurada casa no tenía nada, se dijo en seguida Norah, de su soberbia, de su estatura, de su juventud antes tan misteriosamente inmutable que parecía imperecedera.

Él mantenía las manos cruzadas sobre su vientre y la cabeza ladeada, y esta cabeza era gris y la tripa, prominente y fofa bajo la camisa blanca, por encima de la cinturilla del pantalón color crema.

Allí estaba, nimbado de una fría brillantez, caído sin duda en el umbral de su casa pretenciosa desde la rama de alguno de los ceibos que poblaban el jardín, pues, se dijo Norah, se había acercado a la casa mirando fijamente la puerta de entrada a través de la verja y no la había visto abrirse para permitir el paso a su padre—y he aquí que, sin embargo, se le había aparecido cuando ya moría el día ese hombre radiante y decaído, cuyas proporciones armoniosas, que Norah recordaba, parecían haberse reducido de un monstruoso mazazo en el cráneo a las de un hombre grueso sin cuello, de piernas pesadas y cortas.

Inmóvil, él la miraba avanzar y nada en su mirada dubitativa, algo perdida, revelaba que esperase su venida ni que le hubiera pedido, le hubiera rogado insistentemente

(en el supuesto, pensaba ella, de que un hombre semejante fuese capaz de implorar algún tipo de ayuda) que le hiciese una visita.

Estaba simplemente allí, tras haber abandonado, quizá de un aletazo, la gruesa rama del ceibo que sombreaba de amarillo la casa, para aterrizar pesadamente en el umbral de hormigón fisurado, y era como si sólo el azar guiara los pasos de Norah hacia la verja en ese instante.

Y aquel hombre que podía transformar todo ruego de su parte en una súplica dirigida a ella observó cómo empujaba la verja y entraba en el jardín con el aire de un huésped que, ligeramente incómodo, se esfuerza en disimularlo, haciendo visera con la mano, aunque el día hubiese inundado ya de sombra el umbral que, sin embargo, iluminaba su extraña persona radiante, eléctrica.

—Vaya, pero si eres tú—dijo con su voz sorda, débil, poco segura en francés no obstante su dominio excelente de la lengua, pero como si la orgullosa aprensión que siempre había sentido hacia ciertos errores difíciles de evitar hubiera terminado por hacer tremolar su propia voz.

Norah no respondió.

Le dio un breve abrazo, sin apretarle contra ella, recordando que él detestaba el contacto físico por la manera casi imperceptible en que la carne fofa de los brazos de su padre se retraía a la presión de sus dedos.

Le pareció percibir un tufillo a moho.

Olor proveniente de la abundante floración, agotada, del grueso ceibo amarillo que extendía sus ramas por encima del tejado plano de la casa y entre cuyas hojas anidaba quizá ese hombre secreto y presuntuoso, al acecho, pensaba Norah incómoda, del menor ruido de pasos que se acercaran a la verja para alzar el vuelo y posarse torpemente en el umbral de su vasta morada de paredes de hormigón arma-

do, o proveniente, ese olor, del cuerpo mismo o de las ropas de su padre, de su piel de viejo, arrugada, cenicienta, no lo sabía, no habría sabido decirlo.

A lo sumo podía afirmar que él llevaba ese día, que llevaba sin duda siempre ahora, pensaba, una camisa arrugada y manchada de aureolas de sudor y que sus pantalones tenían un color verdoso y lustroso en las rodillas, donde formaba feamente bolsas, ya fuera porque, volátil excesivamente pesado, caía cada vez que tomaba contacto con el suelo, ya porque, pensaba Norah con una compasión un tanto desalentada, también él, después de todo, se hubiera convertido en un anciano desaliñado, indiferente o ciego a la suciedad por más que guardase la costumbre de una elegancia convencional, vistiéndose como siempre lo había hecho de color blanco y mantequilla fresca y sin dejarse ver jamás, aunque fuera en el umbral de su casa inacabada, sin haberse subido el nudo de la corbata, ya porque saliera de algún salón polvoriento o volara de algún ceibo extenuado de florecer.

Norah, que llegaba del aeropuerto, había tomado un taxi y luego caminado largo rato en medio del calor, pues había olvidado la dirección exacta de su padre y sólo había podido encontrar el camino al reconocer la casa; se sentía pegajosa y sucia, disminuida.

Llevaba un vestido verde tilo, sin mangas, adornado de florecillas amarillas muy parecidas a las caídas del ceibo que alfombraban el umbral, y unas sandalias planas del mismo color verde suave.

Y observó, sacudida, que los pies de su padre estaban calzados con unas chancletas de plástico, él que siempre había puesto su puntillo, le parecía, en no dejarse ver jamás si no era con los zapatos, beige o blanco roto, lustrados.

Ya porque ese hombre desaliñado hubiera perdido toda legitimidad para dirigirle una mirada crítica, decepcionada o severa, ya porque, fuerte a sus treinta y ocho años, le traía sin cuidado lo que se pudiera pensar y comentar de su apariencia, se dijo en todo caso que se habría sentido incómoda y mortificada de presentarse, quince años antes, sudorosa y fatigada ante su padre cuyo físico y aspecto nunca se veían afectados entonces por el menor signo de debilidad o de sensibilidad a la canícula, mientras que esto ahora le era indiferente y que, incluso, ofrecía a la atención de su padre, sin apartarlo, un rostro desnudo, reluciente, que no se había tomado la molestia de empolverar en el taxi, diciéndose, sorprendida: «¿Cómo he podido dar importancia a todo esto?», y también con una alegría un tanto ácida, rencorosa: «Que piense de mí lo que quiera», pues se acordaba de unas observaciones crueles, ofensivas, proferidas con desenfado por ese hombre superior cuando siendo ella y su hermana adolescentes iban a verle y referentes todas a su falta de elegancia o la ausencia de carmín en sus labios.

Ahora le habría gustado decirle: «¿Te das cuenta? Nos hablabas como si fuéramos mujeres y tuviéramos un deber de seducción, cuando éramos simples chiquillas y tus hijas».

Le hubiera gustado decírselo con una ligereza apenas rezongona, como si no fuera más que una forma del humor un poco rudo de su padre, y sonriéndose juntos de ello, él con un poquito de contrición.

Pero al verle allí de pie con sus chancletas de plástico, en el umbral de hormigón sembrado de pútridas flores que quizá hacía caer cuando, con una pesada y cansada ala, dejaba el ceibo, se dio cuenta de que se preocupaba tan poco de examinarla y de formular un juicio acerca de su aspecto como de oír, de comprender la más insistente alusión a las apreciaciones malévolas que hacía en otro tiempo.

Él tenía los ojos hundidos, la mirada en un punto lejano, un poco fija.

Entonces ella se preguntó si de verdad se acordaba de haberle escrito para pedirle que viniera.

—¿Entramos?—dijo ella cambiándose la bolsa de viaje de hombro.

—¡Masseck!

Dio unas palmadas.

El resplandor glacial, casi azulado que despedía su cuerpo informe pareció intensificarse.

Un anciano en bermudas y polo lleno de sietes, descalzo, salió de la casa a paso vivo.

—Coge la bolsa—ordenó el padre de Norah.

Luego, dirigiéndose a ella, agregó:

—Es Masseck, ¿le reconoces?

—Puedo llevar mi bolsa—dijo ella, lamentando en seguida haber dicho estas palabras que no podían sino herir al sirviente habituado, pese a sus años, a levantar y transportar las cargas más incómodas, dándosela entonces con tal impetuosidad que, al no estar preparado, se tambaleó, antes de recobrar el equilibrio y echarse la bolsa sobre la espalda y luego, encorvado, entrar en la casa—. La última vez que vine estaba Mansour—dijo—. A Masseck no le conozco.

—¿Qué Mansour?—dijo su padre con ese aire de pronto extraviado, casi consternado que ella no le había visto nunca.

—Ignoro su apellido, pero el tal Mansour vivió aquí años y años —dijo Norah, que sentía poco a poco que le dominaba una incomodidad tremenda, asfixiante.

—Tal vez se trataba del padre de Masseck, entonces.

—Oh, no—murmuró ella—, Masseck es demasiado mayor para ser el hijo de Mansour.

Y como su padre tenía un aire cada vez más desorientado y hasta parecía a punto de preguntarse si no se burlaba de él, añadió en seguida:

—Pero la verdad es que eso no tiene importancia.

—No he tenido nunca a nadie llamado Mansour a mi servicio, estás en un error—dijo con una fina sonrisa arrogante, despectiva, que, primera manifestación de la antigua personalidad de su padre y por más irritante que hubiera sido siempre esa sonrisita desdeñosa, dio algo de calor al corazón de Norah, como si importara que ese hombre engreído siguiese emperrándose en tener la última palabra más que en tener razón.

Pues ella estaba segura de la presencia de un Mansour, diligente, paciente, eficaz, al lado de su padre por espacio de años, y aunque su hermana y ella no habían venido desde la infancia, después de todo, más que tres o cuatro veces a esa casa, era a Mansour a quien habían visto y nunca a ese Masseck de rostro desconocido.

Apenas hubo entrado, Norah sintió hasta qué punto la casa estaba vacía.

Ahora era ya de noche.

El gran salón estaba oscuro, silencioso.

Su padre encendió una lámpara de pie, una pobre luz, de esas que difunden las bombillas de cuarenta vatios, descubrió el centro de la estancia con su larga mesa con la superficie de vidrio.

En las paredes de un revoque rugoso Norah reconoció las fotos enmarcadas de la colonia de vacaciones que su padre había poseído y dirigido y con la que había hecho su fortuna.

Siempre había vivido un gran número de personas en casa de ese hombre orgulloso de su éxito, no tan generoso, había pensado siempre Norah, como orgulloso de mostrar que era

capaz de dar alojamiento y mantener a hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas, parientes diversos, de suerte que Norah no había visto nunca el gran salón desierto, cualquiera que fuese el momento del día en que se encontrara en él.

Siempre había niños que se repantingaban en los canapés, con la tripa al aire como gatos ahítos, hombres que tomaban té mientras miraban la televisión, mujeres que iban y venían de la cocina o de las habitaciones.

Aquella tarde, desierta, la estancia desvelaba crudamente la dureza de sus materiales, embaldosado brillante, paredes de cemento, estrecha franja de ventanas.

—¿No está aquí tu mujer?—preguntó Norah.

Él apartó dos sillas de la gran mesa, las acercó la una a la otra, luego cambió de parecer y las devolvió a su sitio.

Encendió la televisión y la apagó antes incluso de que la menor imagen hubiese tenido tiempo de aparecer.

Se desplazaba arrastrando sus chancletas por el piso, sin levantar los pies.

Le temblaban los labios ligeramente.

—Se ha ido de viaje—dejó caer al fin.

Oh, se dijo Norah con inquietud, no se atreve a confesar que probablemente le ha dejado.

—¿Y Sony? ¿Dónde está Sony?

—Lo mismo—dijo soltando la respiración.

—¿Sony se ha ido de viaje?

Y que su padre, que había tenido tantas mujeres y tantos hijos, que ese hombre sin una belleza especial pero brillante, astuto, despiadado y rápido de mente y que, salido de la miseria, había vivido siempre rodeado de una pequeña sociedad de gente agradecida y sumisa una vez amasada su fortuna, que ese hombre mimado se encontrara solo y quizá abandonado halagaba en Norah, en defensa propia, un viejo y vago rencor.

Le parecía que su padre recibía por fin la lección que la vida hubiera tenido que darle mucho antes.

Pero ¿de qué clase era esa lección?

Ella, pensando así, se sentía mezquina y vil.

Pues si su padre había dado hospitalidad a gente interesada, si su padre no había tenido jamás amigos de verdad ni mujeres sinceras (salvo, pensaba Norah, su propia madre) y tampoco hijos cariñosos, y si, cargado de años, menoscabado, sin duda menos floreciente, se arrastraba solitario por su lóbrega casa, ¿para qué ver reafirmada una moral respetable e intransigente y por qué Norah iba a felicitarle por ello, desde la altura de su virtud de hija celosa vengada por fin de no haber pertenecido nunca al círculo de los allegados de su padre?

Y sintiéndose mezquina y vil tenía ahora vergüenza de su piel recalentada, húmeda, de su vestido arrugado.

Como para ahuyentar sus malos pensamientos y asegurarse de que no permanecería demasiado tiempo sola, preguntó:

—¿Volverá pronto Sony?

—Ya te lo dirá él mismo—murmuró su padre.

—Pero ¿cómo, si está fuera?

—¡Masseck!—gritó dando una palmada.

Unas florecitas amarillas de ceibo revolotearon de sus hombros o de su nuca sobre el embaldosado y con la punta de una de sus chancletas, con un rápido movimiento, las aplastó.

Norah tuvo entonces la impresión de que pisaba su vestido sembrado de flores parecidas.

Llegó Masseck empujando una carretilla cargada de fuentes, de platos y de cubiertos y empezó a disponerlo todo sobre la mesa de vidrio.

—Siéntate—dijo el padre—, vamos a comer.